

Nassau y al duque Cristóbal, hijo del Elector palatino. Al día siguiente de la matanza de San Bartolomé, había reanudado, según hemos visto, con su tranquilo cinismo sus relaciones con los príncipes protestantes de Alemania y con los sublevados de los Países Bajos, y el príncipe de Orange y su hermano, en quienes había podido más que sus repugnancias la necesidad de subsidios, reprodujeron el proyecto de una alianza entre los Valois y la Alemania protestante, hicieron concebir á Carlos IX la esperanza de ceñir la corona imperial y le propusieron la conquista y la soberanía de los Países Bajos. Catalina pareció resucitar la política de Coligny. Ludovico de Nassau recibió trescientos mil escudos para reclutar soldados, y el rey «prometió abrazar los asuntos de los dichos Países Bajos tanto y tan antes como quisieran abrazarlos los príncipes protestantes, sea como sea, abiertamente ó de otro modo.» El rey de Polonia, «tanto en su nombre como en calidad de diputado de su hermano el rey de Francia,» dió su adhesión. «Si Dios quiere que la Francia y la Polonia juntas hagan lo que prometen, escribía Ludovico de Nassau al príncipe de Orange, habrá medio, en mi concepto, de arreglar maravillosamente bien nuestros asuntos (1).»

No es creíble que Catalina pensara en lanzarse á una guerra contra Felipe II, y probablemente sus promesas no tenían otro objeto que asegurar á su hijo un paso fácil al través de los Estados calvinistas de Alemania. Ludovico de Nassau, que acompañó al rey de Polonia hasta el landgraviato de Hesse-Cassel, no pudo conseguir de él que pusiera en artículos lo que se había convenido en Blamont, y furioso al verse engañado, juró «en alemán que les jugaría una mala partida, teniendo ya por lo menos dinero.»

Los trescientos mil escudos del gobierno francés podían servir para muchos fines. Los hugonotes no habían cesado de agitarse y muchos católicos estaban dispuestos á seguir su ejemplo. Los amigos de Montmorency, los moderados, todos los que habían conspirado ante las murallas de la Rochela sentíanse envalentonados con la marcha del duque de Anjou é incitaban al duque de Alenzón á reclamar la lugartenencia general que el rey de Polonia dejaba vacante, esperando con su ayuda reanudar en el interior la política de tolerancia y en el exterior el plan del almirante. De este programa formaba también parte la inteligencia con los Nassau. Por mucho cuidado que Catalina, en su desconfianza, pusiera, en Blamont, en mantener separados uno de otro á Ludovico de Nassau y al duque de Alenzón, no había podido impedir ni las correspondencias secretas, ni la intervención de los confidentes, ni tampoco los contactos directos. Ludovico escribía á su hermano: «He visto el señor duque de Alenzón, el cual, estrechándome la mano, me ha dicho al oído que teniendo en este momento al gobierno, como lo tenía su hermano el rey de Polonia, hará cuanto pueda para secundaros.»

Pero habiendo declarado Carlos IX que ya no habría lugarteniente general, los enemigos de Catalina y los hugonotes se aprovecharon del descontento del duque de Alenzón para inducirle á un rompimiento. El duque y el rey de Navarra, al atravesar la Champaña, debían

(1) Groen von Prinsterer, *Archives de la Maison de Nassau*, tomo IV, pág. 284.

ocultarse, llegar á Sedán escoltados por una tropa de protestantes y llamar á sus partidarios; mas Catalina, advertida por la reina de Navarra, su hija, vigiló á los príncipes y en Soissons los capitanes de las guardias visitaban todos los días sus domicilios y hasta miraban debajo de sus camas.

Thoré y Turenne aconsejaban las resoluciones atrevidas; en cambio La Molle, favorito del duque, recomendaba, movido por los celos, que se contemporizara y apelaba á la sabiduría del mariscal de Montmorency contra la temeridad de «aquellos hombres de barba joven.» También el mariscal era contrario á las aventuras y hasta á las reclamaciones imprudentes; pero no estaba en su mano contener á los descontentos de toda especie y religión, ni dirigir á su hermano Thoré ni á su sobrino Turenne.

Entonces se reanudó la guerra de los libelos: el *De furoribus gallicis* (1573), publicado en francés con el título de *Discours véritable des rages exercées en France* («Discurso verdadero de las violencias ejercidas en Francia»), refiere las matanzas de París y, buscando las causas del crimen, encuentra que el gobierno de las regentes, sobre todo de las regentes extranjeras, ha sido siempre para Francia causa de ruina y de oprobio, y que el olvido de la antigua constitución ha determinado las miserias y los trastornos que el reino sufre.

Este antiguo estado de la «República» exponíalo Hotman aquel mismo año en la *Franco-Gallia*, que es un libro de doctrina y un libro de combate, una «Política» y un libelo. Aquella obra fué inspirada por las circunstancias; el horror del presente llevó á Hotman al estudio del pasado, y la lectura de los antiguos historiadores le reveló la existencia de un Estado con instituciones libres, en el que las asambleas eran omnipotentes y los reyes obraban sólo como mandatarios de la nación. El nombre de los francos, de donde deriva el de los franceses, significa libre. En otro tiempo, la monarquía, hereditaria de hecho, no lo era de derecho, y la soberanía residía en los tres órdenes, cuya competencia abarcaba la universalidad de los asuntos y podía llegar hasta á destituir á los reyes. No había más impuestos legítimos que los consentidos por los Estados generales, ni más poder legítimo que el que estos mismos Estados reconocían. «...Nuestros antepasados, verdaderos franceses y conservadores de su libertad, enemigos de toda dominación y tiranía á la turca, y cuidadosos de mantener firmemente ese excelente precepto de que «la salud del pueblo es la suprema ley,» daban y ponían toda la administración de la política del reino á la disposición de la asamblea de los Estados.» Pero ahora las cosas han variado mucho, el Consejo privado gobierna el Estado en vez de regir, como antiguamente, «los asuntos particulares del rey;» es más, los parlamentos han fundado un «Estado desconocido de nuestros mayores, al que no se le puede dar mejor nombre que el de reino de procedimiento judicial.» «Desde hace trescientos años, poco más ó menos,» las gentes de justicia han «sabido representar tan bien su papel, que no sólo han pisoteado y suplantado toda la autoridad de la asamblea de los Estados, tal como la hemos expuesto antes, sino que además han obligado á todos los príncipes del reino, y aun á la

misma majestad del rey, á pasar bajo sus manos y á humillarse bajo su grandeza.»

En donde más se evidencia el espíritu de partido que anima y sostiene toda la tesis, es en la parte en que Hotman se ocupa de las regencias; en ella no se limita á rechazar toda constitución de regencia que no sea consentida por la asamblea de los tres órdenes,

Franceses») excitaba contra Carlos IX, «ese tirano que no guarda fe ni ley,» á los protestantes, á los católicos y hasta al duque de Guisa, descendiente de Carlomagno: «Los hugonotes, decía dirigiéndose á este último, nada desean tanto como veros restablecido en el trono que Hugo Capeto usurpó á los reyes vuestros predecesores, estando bien seguros de que no solamente de-



Du Plessis-Mornay. (Copia de un grabado de la época.)

sino que llega á negar á ese poder soberano el derecho de conferir la regencia á una mujer. La costumbre, que excluye á las mujeres del trono las excluye también del gobierno, y la historia justifica esta costumbre puesto que cada vez que ha sido violada el reino ha padecido: Brunequilda y Fredegunda se mancharon con toda clase de crímenes; Isabel de Baviera vendió la Francia á los extranjeros; Blanca de Castilla provocó una insurrección y obligó á la nobleza á llamar en su auxilio á los ingleses. Y aunque no se hace mención de Catalina de Médicis, el autor del libelo hace á costa suya el proceso de las reinas madres, y de sobra se advierte que su crimen, el crimen de la ambición y del miedo, es el que inspira esa erudita requisitoria contra el gobierno femenino.

No fueron estos los únicos libelos que se publicaron. El *Réveille-Matin des François* («Despertador de los

jaráis libres sus conciencias, sino también sano, salvo y libre en toda Francia todo ejercicio de su religión.»

Estos escritos mantenían la agitación en el reino. Los protestantes del Mediodía, á quienes el rey había permitido que se reunieran en asamblea general, renovaban en Millau su unión, asociación entera y mutua fraternidad (16 de diciembre de 1573). La Noue excitaba á los protestantes del Oeste á empuñar nuevamente las armas, y la complicidad del duque de Alenzón desvanecía sus escrúpulos (1); costóle, sin embargo, algún trabajo decidir á los hugonotes á que se pusieran de acuerdo con los descontentos, entre los cuales había algunos asesinos de la jornada de San Bartolomé, pues Du Plessis-Mornay, con la intransigencia propia de la juventud, habría querido una acción paralela, no común.

(1) Véase anteriormente, pág. 445.

La Rochela, agotadas sus fuerzas, se resistía á emprender nuevas luchas, cuando los partidarios de la guerra descubrieron una conspiración para entregar la ciudad al rey, y la descubrieron tan oportunamente, que hay razones fundadas para creerla imaginaria. Esto no obstante, el miedo, fundado ó no, excitó las pasiones, y Guillermo Guy, hijo de un ex alcalde, el concejal Claudio Huet, el comerciante más rico de la ciudad, el jefe del partido Pacífico Jacobo du Lyon, señor de Grandfief, y cinco capitanes extranjeros, fueron ejecutados como traidores. Entonces los rochelenses llamaron á La Noue, el cual confesó públicamente su pesar por haber abandonado la ciudad en tiempo del último sitio, pidiendo por ello perdón á Dios y á los hombres, y aconsejó la unión con los protestantes del Mediodía. La paz otorgada, decía, sólo duraría mientras pluguiese al rey, y por otra parte, añadía, ¿no era lícito quebrantar los juramentos «hechos en detrimento de la gloria del mismo Dios (1)?» La asamblea se adhirió á la liga del Mediodía, y la nobleza del Oeste eligió á La Noue jefe de las armas «bajo la autoridad de un jefe más grande que todo el tiempo pasado,» lo que equivalía á designar claramente al duque de Alenzón (enero de 1574).

Este había resuelto huir á Sedán y esperar allí á los raitres y lansquenets que con el dinero del rey había reclutado Ludovico de Nassau, habiéndose fijado su fuga para el día 10 de marzo; y á fin de distraer la atención, La Noue debía alzarse en armas quince días antes. En la noche del martes de Carnaval, los reformados, aprovechándose de los desórdenes propios del día, se apoderaron por sorpresa de Fontenay-le-Comte, Lusignán, Tonnay-Charente, Talmont, Melle, Brouage y Rochefort, con lo que avanzó la frontera de la Rochela y tuvo ésta como baluartes las plazas fuertes del Aunis y de la Saintonge.

Esta primera victoria vióse comprometida por la precipitación de Juan de Chaumont, señor de Guitry, que debía aproximarse á Saint-Germain para favorecer la fuga del duque de Alenzón y que se presentó delante de Mantes diez días antes de la fecha fijada. Los conjurados no estaban dispuestos, y el duque de Alenzón, perdida la serenidad, fué por consejo de La Molle á contárselo todo á su madre y á pedirle perdón. En la corte cundió la alarma: «Los tambores de los suizos, de los guardias de corps y de las compañías francesas de los guardias tocaban llamada y tropa;» y el canceller Birague y los cardenales de Lorena, de Borbón y de Guisa acudieron presurosos á París, «montados todos en corceles de Italia ó en grandes caballos de España, agarrándose con las dos manos al arzón y teniendo tanto miedo de sus caballos como de sus enemigos.» La reina madre se llevó en su carroza al duque de Alenzón y al rey de Navarra; y al día siguiente partió el rey, escoltado por los suizos, deteniéndose en el arrabal de Saint-Honoré, en la casa de Alberto de Gondi.

Carlos IX parecía dispuesto á apaciguarlo todo. Thoré, el alma del complot, el hombre á quien más había comprometido en su declaración el duque de Alenzón, había huido; para los demás abrióse el camino del per-

(1) Hauser, *La Noue*, págs. 66 y 67 y las notas.

dón. El monarca quiso ver á Guitry que se había retirado en Normandía y le interrogó acerca de las razones que les habían impulsado á tomar las armas. Las noticias que de Normandía llegaban contribuían á hacerle más acomodaticio. El único capitán de nota que se había librado de la matanza de San Bartolomé, Montgomery, acababa de desembarcar en el Cotentin (marzo de 1574) y de apoderarse de Saint-Lo; el rey, que le había hecho ofrecer, si quería vivir fuera de Francia, el libre disfrute de sus rentas y de sus bienes, envió á Matignón, su lugarteniente general en la Baja Normandía, la orden de que se lo trajera muerto ó vivo.

Carlos IX se había instalado en el bosque de Vincennes para respirar un aire más puro que el de París (8 de marzo), y allí le siguieron el rey de Navarra y el duque de Alenzón, los cuales comprendiendo, sin embargo, que inspiraban sospechas, pensaron de nuevo en huir. La Molle, que en Saint-Germain había contenido á su señor, mostrábase ahora más ardiente en recomendar que se pasara á vías de hecho; aquel fansante, grato á las damas y devoto de la Virgen, rezador de padrenuestros y amante favorito, dejó sus placeres por los complots y se encargó de juntar hombres y dinero. Aníbal de Coconat, hidalgo piamontés, que había tomado parte muy activa en las matanzas del 24 de agosto y que era también maestro en lances amorosos, Grandchamp, ex embajador en Constantinopla, y Jacobo La Nucle-La Fin, temible intrigante que entonces comenzaba á darse á conocer, formaban con La Molle el consejo director. Turenne, que figuraba en la conspiración, pero que no se fiaba de los conspiradores, sólo de cuando en cuando asistía á los conciliábulos. Con esta agrupación de aventureros mezclaban su extraña personalidad algunos comparsas. Grantrye, ex agente de Carlos IX cerca de las Ligas grises, había traído del país de Paracelso el secreto de la piedra filosofal y el arte de transformar en oro los metales más viles, y formaba pareja con este alquimista un astrólogo, Cosme Ruggieri, «hombre negro, que no tiene la cara bien hecha, que toca varios instrumentos, vestido siempre de negro, hombre poderoso.» Adivino, nigromante, fabricante de filtros y conocedor de sortilegios, su aspecto, sus modales y sus tratos con las potencias infernales causaban terror aun á sus mismos cómplices; se había dejado arrastrar por La Molle, que le quería entrañablemente y para quien componía hechizos y practicaba maleficios con figuras de cera.

La cuestión principal seguía siendo poder llegar hasta Sedán para reunirse allí con el conde Ludovico. Los conjurados habían comprado armas y caballos; pero la reina tuvo noticia de la conspiración. El mariscal de Montmorency, que censuraba la empresa y que temía, en caso de no revelarla, ser acusado de complicidad, llevó á Catalina la carta de un conjurado, el capitán Saint-Martin, en la que se trataba de caballos y de expedición; y un ciudadano de París, Ivo de Brinón, reclutado por Grandchamp, denunció el complot, á los cómplices y la fecha en que debía estallar. El rey, furioso ante una traición tramada á raíz de un perdón tan reciente, mandó poner presos al duque de Alenzón y al rey de Navarra; La Molle fué detenido en el mismo palacio (10 de abril) y Coconat en el convento en donde una dama ilustre lo había ocultado; Grantrye,

Saint-Martin y Ruggieri fueron encerrados con ellos en los calabozos de palacio, y La Fin, Grandchamp y Turenne huyeron. Cuando Condé supo la detención de los príncipes, abandonó secretamente Amiéns, residencia de su gobierno, y se refugió en Alemania. Pero aun fué la suerte de los reformados de los Países Bajos, pues el duque Cristóbal y Ludovico de Nassau fueron derrotados y muertos en Mookerheyde (14 de abril de 1574) por el sucesor del duque de Alba, el comandante Requeséns.

Carlos IX no se atrevió á procesar á su hermano ni á su cuñado y se limitó á hacerlos interrogar por comisarios. El rey de Navarra se disculpó de sus proyectos de fuga con la desgracia de que le hacía objeto la reina madre; el duque de Alenzón, que tenía miedo, contó humildemente los detalles del complot y en su largo relato comprometió á sus cómplices. La Molle mostróse muy leal á su «buen señor» y sólo habló en el tormento; y Coconat había acusado á todo el mundo. Las damas más ilustres y hasta una princesa se interesaban por esos héroes de alcoba; pero Carlos IX se mantuvo implacable y los acusados fueron conducidos á la plaza de Greve. La Molle, fiel hasta en la muerte á las dos grandes adoraciones de su vida, murmuraba como oración suprema: «¡Dios tenga piedad de mi alma y la Bendita Virgen! Recomendadme bien á la benevolencia de la reina de Navarra y de las damas» (30 de abril).

Algunos cómplices oscuros, como Tourtay y Saint-Martin, habían sido ahorcados sin ninguna ceremonia. Ruggieri, á quien salvó el terror que inspiraba, fué condenado á galeras; pero su prisión no fué ni rigurosa ni larga. En Marsella, el gobernador le permitió tener una escuela de astrología, y no tardó en recobrar el favor perdido, muriendo muy viejo, de abad de Saint-Mahé, en Bretaña, notoriamente incrédulo, temido y admirado.

En el proceso habíase pronunciado más de una vez el nombre del mariscal de Montmorency, cuyos malos designios habían denunciado La Molle y Coconat; su hermano Thoré, el alma del complot del martes de Carnaval, había ido á esperar en las puertas de París al duque de Alenzón y al rey de Navarra; su sobrino Turenne no estaba menos comprometido; y en cuanto á él, no había revelado el complot hasta el último momento. Del conjunto de estos hechos resultaban gravísimas presunciones contra él, por lo que Carlos IX lo hizo prender y encerrar en la Bastilla (4 de mayo). El mariscal de Cossé, á quien unían con los Montmorency los más estrechos vínculos de familia, y que pertenecía al partido de los políticos, sufrió la misma suerte. París, siempre fiel á la casa de Lorena y á la tradición de la jornada de San Bartolomé, facilitó cada noche cuatro compañías de milicias para tener la seguridad de que durante aquellas horas Montmorency estaría bien custodiado.

Su hermano Damville, gobernador del Langüedoc, que inspiraba tanta desconfianza como él, era más difícil de capturar porque mandaba un ejército y una gran provincia, y tenía para defenderse de un golpe de mano una guardia albanesa y un olfato muy sutil para husmear las intrigas; además, sus actos eran tan meditados que no dejaba lugar á ninguna acusación. Encargado

de entablar negociaciones con los protestantes, del Mediodía, podía excusarse de su fracaso con la intransigencia de éstos: entre la corte, que sólo quería otorgar la libertad de conciencia, y los reformados, que querían la libertad del culto, ¿cómo había de poder conseguir una inteligencia? Carlos IX, sin embargo, continuaba sospechando y desconfiando, y quería en Langüedoc un gobernador con quien pudiera contar en absoluto, á fin de poder lanzarse resueltamente contra La Noue y los protestantes del Oeste; así es que el mismo día en que fueron encarcelados Cossé y Montmorency (4 de mayo), destituyó á Damville y nombró en su lugar al príncipe Delfín, hijo del duque de Montpensier.

Damville, para ganar tiempo, escribió al rey protestando de su inocencia y ofreciendo hasta abandonar su gobierno si se le daban los medios de justificarse; pero mientras hacía esto, se fortificaba en Montpellier. Y aun hacía más; de algunos meses á aquella parte trataba con grandes consideraciones á los protestantes, y ahora se atrevió á firmar con los diputados de éstos una tregua de un mes (29 ó 30 de mayo). Dos meses después, era un hecho la alianza de los católicos moderados y de los protestantes del Langüedoc: la matanza de San Bartolomé producía el resultado inesperado de dividir al partido católico y de reunir bajo las mismas banderas, con gran escándalo de los fanáticos, á soldados de las dos religiones.

Más afortunada era la corte en el Norte. El mariscal de Matignón sitió á Montgomery en Saint-Lo; pero éste logró romper el bloqueo y refugiarse en Domfront, plaza de pésimas condiciones defendida por un mal castillo. Atacado en ella inmediatamente, con cuarenta y cinco hidalgos y ochenta arcabuceros se defendió en la brecha por espacio de cinco horas contra doscientos hidalgos y mil arcabuceros; pero al fin hubo de capitular sin otra promesa que la de ser entregado sano y salvo á manos del rey. Más le hubiera valido ser pasado por las armas sobre aquella muralla en donde había hecho «lo que puede hacer un hombre que busca la muerte» (26 de mayo).

Cuando estas noticias llegaron á la corte, Carlos IX estaba moribundo, vencido por la fiebre que no le abandonaba; y moría no «envenenado con polvos de cuerno de una liebre marina,» sino víctima, como Francisco II, de las fatalidades morbosas que la sangre de los Valois y la de los Médicis le habían transmitido y que él había agravado con los abusos de la caza y los más violentos ejercicios. Pero moría también víctima de su crimen: de día y de noche acosábanle pesadillas, durante las cuales parecía ver «aquellos cuerpos asesinados» que se le presentaban «con los rostros repugnantes cubiertos de sangre.» No tenía como su madre los maravillosos recursos de la inconsciencia y del olvido, y siendo menos culpable, sentíase más atormentado. La reina fué, en efecto, la gran criminal: había educado á su hijo en tales hábitos de obediencia, lo había de tal modo sometido á sus mandatos, que la matanza de San Bartolomé no fué más que la manifestación espantosa de aquel imperio. Carlos IX hasta en las angustias de la muerte reverenció aquella mano dominadora, y sus últimas palabras fueron: «¿Y mi madre?» Catalina misma, en una carta á la duquesa de Ferrara, reconoce el culto que le había profesado su hijo, «quien después de Dios

